

aquellos excesos de la vida. Nadie supo á qué accidente atribuir aquel inesperadísimo caso; pero todos los eunucos del serrallo expertos en medicina, declararon que Zoraya estaba muerta, completamente muerta. El bebedizo compuesto por la ciencia del médico de Hacem y propinado por la destreza de Venegas, produjo todos sus naturales efectos. La hermosa Isabel de Solís, conocida con el nombre de Zoraya en el serrallo, había muerto y muerto repentinamente amargando y enlutando la noche placentera de una fiesta oriental.

## CAPÍTULO XXV.

Las compañeras de Zoraya vertieron abundantes lágrimas y lanzaron agudos sollozos. No satisfechas de estas manifestaciones de duelo, cogieron con ambas manos los rizos que les caían sobre las espaldas y se mesaron con furia las largas cabelleras. Distinguióse entre todas por su dolor la tierna Moraima, pues, segura del cariño de Boabdil, nunca creyó tener en las esclavas, ni moras ni cristianas, temibles rivales. En cambio la austera Aixá disertó sobre los desórdenes de la mesa y tomó pretexto de aquel inesperado caso para argüir muy largamente del olvido de las leyes koránicas y de la maldita manía de beber vino. Cautiva andaluza, la pobre Zoraya conservaba en su conciencia y siempre que podía en sus oraciones y prácticas religiosas, como hemos visto, el culto de sus padres; mas en el haren, sin que nadie la hubiese consultado, pasaba por renegada y mahometana. Así, no es mucho que

sobre su cadáver frío recitara Aixá la oración musulímica por los difuntos; y volviendo su rostro á la Meca, dijera los cuatro tekbiros necesarios para encomendar los muertos á la divina misericordia. En el primero, exaltó la gloria de Dios; en el segundo, le consagró largas alabanzas; en el tercero, le pidió para Mahoma las mismas bendiciones llovidas sobre Abraham; y en el cuarto le conjuró á que acordase á la difunta justicia, si había sido buena y perdón si había sido mala, convirtiendo su tumba en lugar de delicias y en pórtico del paraíso. Pero no había concluido esta plegaria religiosa, cuando llegó proposición de rescate, y con la proposición de rescate el propósito adivinado por Muley en Aixá de entregarla á cambio de tesoros muy buenos para alimentar las guerras civiles y conseguir el logro de todas sus desapoderadas ambiciones. Un delegado de Venegas cogió el cuerpo, y lo depositó á hurtadillas en la mágica estancia señalada por el enamorado Sultán.

Era de noche. Bien lo indican el canto del cuclillo en la llanura, del buho en la caverna, del ruiseñor en la floresta, de la rana en el estanque y del grillo en la hierba. Dentro de preciosa estancia yacé sobre un lecho de damasco carmesí, el cuerpo de Zoraya, revestido de lino blanco como la nieve y coronado de flores recién cogidas en los encantados cármes. El suelo de alabastro brilla como si fuera un pedazo de la luna llena; las paredes, primorosamente alicatadas, ostentan todos los colores del iris,

realzados por la hojarasca de plata y oro; la bóveda, compuesta de estalactitas varias, parece destilar esas gotas de luz que se llaman soles y estrellas; levántanse á las alturas surtidores de aromadas aguas que perfuman el aire, penetrando, además, por las venas como un sueño delicioso; y lejos, apagadas por la distancia, suaves melodías impregnadas de amor que á su vez embriagan el alma. Sobre sendos cojines, á los piés del lecho, se ven trajes orientales de la mayor riqueza y joyas tan preciadas que valdrían ellas solas un reino. La luz, á cuyo resplandor todos aquellos objetos están iluminados, guarda reflejos dulcísimos y extraños como si proviniera de otros cielos y astros enteramente desconocidos para los míseros mortales. Una klepsydra, puesta cuidadosamente á la cabecera del lecho, acaba de vaciar todas sus arenas, cuando Zoraya se incorpora dando un suspiro, y se lleva la mano derecha á la frente y la mano izquierda al corazón como queriendo sacudir un triste sueño y descargarse de una gran pesadumbre.

—¿Dónde estoy?—dijo,—¿qué es de mí? Muerta, muerta, y he debido llegar al otro mundo.

Y á esta reflexión se lanzó del lecho y recorrió la estancia.

—Dios mío, dijo. ¿Me has enviado al cielo, al infierno, al purgatorio? No lo sé. ¡Oh, madre, madre mía! El ángel de la guarda, con que tantas veces entretuviste mis insomnios y ocupaste mi pen-

samiento, no ha venido á recibirme aquí, en las riberas de la eternidad. Ni oigo las letanías sin fin que despiden los bienaventurados de sus labios, ni veo las palmas de luz que cimbrean en sus manos las mártires. La Madre de Dios, cuya sonrisa me bendecía en el crepúsculo, cuando la campana de nuestro castillo, desde la torre altísima llamaba los campesinos al reposo y á la oración, no ha derramado sus rosas místicas sobre mi cuerpo virginal y sobre mi alma inocente. Todas las esperanzas de mi cautiverio han marrado. Si sobreviví al rapto, si me resigné al haren, si pude vivir entre infieles como la rosa entre zarzas, fué con la esperanza de encontrar en mi paso desde este munto al otro por los cielos eternos de mi Dios las almas bienaventuradas de mis hermanos y de mis padres. Los ví caer defendiendo tu santo nombre; los ví espirar en la pelea con la mirada convertida á tu gloria; y se han perdido como el polvo levantado por sus corceles, y se han disipado como la sangre derramada de sus venas. El surco de los combates se tragó sus cuerpos y sus espíritus, confundidos con el terruño, como una capa de polvo puesta sobre otra capa de polvo. Y aquí, en el otro mundo, por cuyo logro suspiré tantas veces, se extienden las mismas líneas de los palacios árabes, se oyen las mismas melodías, se aspiran los mismos aromas, se ven sobre cojines de damasco las mismas deslumbrantes y despreciables joyas; de modo, que esta muerte, por la cual había suspirado, creyéndola el logro de

mi libertad, se reduce á la prolongación de mi cautiverio. ¿Para qué todo eso, para qué, si aquí estoy sola? Dios mío, llamo y no me responden. Deben haberme enterrado viva en alguna de las estancias de Granada. Pero este sepulcro es horrible, este sepulcro en el cual ni siquiera se encierra el amor, lo único que puede consolar de la ausencia del cielo. Dos cosas he querido que no pienso lograr jamás, ¡oh hado implacable! después de la vida la bienaventuranza y en la vida el amor.

— Las tendrás, — dijo Muley-Hacem abriendo unas cortinas y lanzándose á los piés de Zoraya.

— ¡Ah! — gritó esta con grito indecible como si hubiera recibido una herida.

— ¿Tiembas? — preguntó el Sultán.

— Sí. ¡Qué miedo! — respondió Zoraya.

— ¡Miedo cuando tienes á tus plantas un caballero!

Y clavó sus ojos con tanto ahinco en los ojos de Zoraya que sintió misteriosa fascinación la incauta joven.

— ¿Por qué tiembas?

— ¿Por qué tiemblo? Porque es tan extraño todo cuanto me sucede aquí...

— ¿Extraño?

— Incomprensible.

— Se comprende fácilmente; de sierva pasas á señora.

Y volvió á fijar con tal ardor sus ojos en Zoraya, que volvió Zoraya de nuevo á estremecerse.

—¿Por virtud de qué milagro?— preguntó la joven con anhelo.

—Por virtud del amor.

—¿Quién me puede amar á mí, á esta pobre cautiva?

—Yo.

—¿Y quién eres tú?

—No puedes saberlo.

—¿Eres algún mago, algún hechicero, que me ha detenido á las puertas del sepulcro y que me ha encantado con sus conjuros?

—No me conoce— exclamó para sí el Sultán,— no sabe quien soy. Gracias, Dios mío, gracias.

—Dime quien eres.

—¿Para qué necesitas saberlo? Soy un mortal que te amará hasta más allá de la muerte.

Y el fuego que despedía la mirada de Hacem, y el aroma que exhalaba su aliento, subían hasta la cabeza de Zoraya y la trastornaban más, mucho más, que antes la hubiera trastornado el narcótico.

—¿Amar? ¿Me amas?— preguntó.

—Como no puedes imaginártelo. Si fuera rey del cielo pondría á tus plantas el sol, y si fuera rey de Granada, pondría á tus plantas el solio.

—No, no. Ni soles, ni solios. Lo que yo necesito es mucho más reducido, lo que yo necesito es un corazón.

Tales palabras exaltaron el ánimo de Hacem con una verdadera exaltación. El contraste entre esta sencillez propia de una mujer amante y las ambi-

ciones de Aixá, que á la continua le atormentaban, fué para él como una revelación. Por vez primera sentía el amor en sí, el amor desprendido de todos los intereses terrenales, el amor puro y eterno. Por vez primera veía abrirse ante sus ojos extáticos un alma enamorada. Después de haber gustado la gloria, la ambición, el poder, gustaba el amor. Así es que no creía en tanta dicha. Así es que no se cansaba de absorber por su alma y por su cuerpo los efluvios de aquella nueva existencia nunca antes sentida. Parecíase otro á sí mismo y parecíale también otro el mundo que le rodeaba. En su éxtasis no se atrevía ni siquiera á tender una mano á Zoraya, temeroso de que aquella aparición se deslustrase y se perdiese en la realidad como entre nuestros dedos se pierden y se deslustran las tenues alas de las pintadas mariposas. Al resplandor de aquella luz, al choque de aquellas emociones, erguida la joven esclava pero fija en los pensamientos que iban despertándose por su alma, de rodillas aún el apuesto Sultán como un idólatra que adora una imagen, formaban pintoresco grupo, que inspirado pintor hubiera podido recoger de aquel centro de colores y matices para transmitirlo á la posteridad.

—¿Amor sientes por mí?— preguntó Zoraya.

—Amor,— dijo Hacem.

—¡Ah! No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque vosotros sentís amor exaltado hacia la

espada que os ha abierto paso entre vuestros enemigos; hacia el trotón que os ha devuelto á vuestro hogar, desde una peligrosa retirada; hacia el concepto que de vuestro valor han tenido los mismos que os han disputado el triunfo; hacia el timbre y el mote de un escudo forjado en fuego y teñido en sangre; hacia el laurel cosechado en los surcos de los combates; hacia la divisa lograda en los torneos; hacia las ambiciones del poder, y las competencias del gobierno; pero no hacia nosotras, eternas esclavas, queridas un momento con el deseo y abandonadas por una eternidad después del goce, que en cuanto bajamos á vuestras instancias y nos perdemos en vuestros brazos, somos como esas flores, arrancadas al tallo, olidas un momento con gozo, y luego arrojadas al suelo con desprecio para desaparecer en olvido eterno.

—¿Quién te ha puesto en condición de maldecir del amor antes de haberlo sentido?

—He pasado por vuestros harenes y he deparado con vuestras esclavas.

—Verdad.

—Y yo traía de mis tierras un sentimiento arraigadísimo, el sentimiento del amor único. Mi madre me destinaba á un hombre; y este hombre no podía tener otro amor sino el mío; ni unirse con ninguna otra mujer sino conmigo. Para mí el amor confunde dos almas en una sola vida, dos vidas en un solo hogar, y después de la muerte dos cadáveres en un solo sepulcro. Si no es así, tal como lo

he aprendido en mi educación y en mi culto, no quiero el amor. Levántate, pues, ¡oh, moro! de mis plantas, pues no aguardes que caiga en tus brazos quien, al verte en el haren con otras mujeres, ó se resignaría por indiferente, ó se mataría, por celosa.

Hacem se puso de pié al imperioso mandato de la joven, pero no se movió del sitio donde al principio se arrodillara. Su cabeza, que superaba en mucho á la cabeza de la pobre niña, se inclinó instintivamente para recoger en los ojos aquella amorosa mirada y en los labios aquel embriagador aliento. Zoraya, por su parte, al verlo levantarse creyó que iba á partirse, y sintió un frío glacial, como si en una tempestad le rehusase su amparo el árbol, bajo cuyas ramas buscara refugio y salvación. Desde aquel mismo punto la sombra extendida por el cuerpo de su interlocutor era indispensable á su existencia, aunque todavía no supiera ella misma cuanto pasaba por las profundas interioridades de su propio sér, incierto entre aquella emoción reciente y la emoción que despertara en él otras veces los obsequios y los cantares del cautivo Illán, que no se acercaban aún á verdadera pasión. Así en vez de alejarse cuando Hacem se levantó, acercóse á él, y le miró con una mirada celeste, de esos cuyos rayos, dotados de penetración y de dulzura inexplicables, llegan al fondo del alma y levantan allí ideas tan inextinguibles como la conciencia, y sentimientos tan duraderos como la vida. No se

cimbrea y estremece la palma herida por un rayo; el cedro doblado por un huracán; la colina por un terremoto atravesada; como se cimbrió y estremeció el cuerpo de Hacem á la magia de aquella inexplicable y suprema mirada, en cuya expresión se contenía toda una vida de amor y todo un horizonte de esperanza.

— Si Granada me perteneciera con sus mil torres; si me perteneciera la Alhambra con sus cien estancias; si me perteneciera la Vega desde las cumbres de la sierra de Nieve hasta las cumbres de la sierra de Loja, daríalo todo por este solo instante; y aunque luego mendigara de puerta en puerta, sin guía ninguno, porque nadie se compadeciera de mí, bastaría el recuerdo de este minuto para endulzar la eternidad de mi pena. Podría vivir cien años, y al término de mi vida vendría trémulo á hincarme aquí, para besar el sitio donde se han posado mis rodillas y tus plantas. Podría morir, y al entrar en el Paraíso, despreciaría á todas las huríes, prefiriendo á contemplar su hermosura radiante de bienaventuranza, contemplar tu cuerpo rígido por el frío de la muerte y devorado por los gusanos de la podredumbre. Permíteme que enlace con este brazo mío, por toda una eternidad tu cintura flexible como la palma; permíteme que oiga al rumor de esa fuente la unísona melodía de tu voz por siglos de siglos; permíteme que beba como único licor tu suspiro embalsamado y que tome por único alimento tu sonrisa; y si lo quieres, arrojaré alfanje

y sacerina, despediré yegua y trotón, y tomando una guitarra africana, rasgareé sus cuerdas y cantaré inmóvil á tus piés, como los ángeles á los piés de Alah, tu amor y mi ventura.

A este raudo arrebató de lirismo amoroso, respondió Zoraya con amarga sonrisa y con tristísimo suspiro.

— ¿Suspiras, bien mío?

— De tristeza.

— ¿Cómo? ¿Por qué?

— Aún no has respondido cosa alguna á mi primera observación.

— ¿A cuál?

— A la observación de que nosotras cristianas, sólo podemos amar á un hombre; pero á cambio de que este hombre ame á su vez una sola mujer.

— Zoraya, nosotros podemos tener muchas esclavas, pero casi todos los musulmanes ilustres han preferido siempre á ese rebaño del haren el amor casto de una sola mujer. El rey máspreciado de nuestra tierra andaluza fué el ilustre Ebn-Abed, tan grande por su ciencia como por su valor y por su valor como por su infortunio. Y á pesar de tener el más hermoso serrallo de Occidente, prefirió siempre la incomparable Romaiquiya, caprichosa beldad que se entretenía en fabricar ladrillos con barro de canela molida y ámbar pulverizado y almizcle en pasta y algalia y mirra del desierto, mezclado todo con agua de rosas.

Zoraya meneó tristemente la cabeza como si aque-

llas palabras le hirieran con mortal herida el corazón.

—¿Qué tienes?— preguntó el Sultán.

—Cuando dices tales comparaciones, tú debes ser ó un rey ó un príncipe, ó un visir, ó un grande cualquiera de alta prosapia é inmenso poder.

—¿Y qué?

—¿Qué? ¿Lo preguntas cuando ya lo dije? No quiero amores con reyes y magnates. La corona real me daría celos por verla más cerca de ti que de mis amantes brazos. Granada me parecería una rival muy temible. El tiempo que pasares entre visires, alfaques, eunucos, guardias, cortesanos, esclavos, lo robarías á mi amor. Y no recuerdo para nada el haren. Y no digo nada de la guerra. Y no cuento los negocios de Estado. El poder ahoga el sentimiento. La gloria absorbe al fin y al cabo un corazón. Las ambiciones de la plaza pública y del campo de batalla no dejan tiempo para pensar en la mujer y en los hijos. Yo prefiero una dulce medianía. Me basta con un hogar y por todo reino un jardín. Me enamora más la tranquilidad de un matrimonio sin cuidados que la gloria de un guerrero sin derrotas. Para consagrarse al amor, estorba todo lo que no sea el amor mismo.

Hacem no sabía qué responder á estas palabras tan estrechamente ligadas con todos sus afectos. Si de antemano le hubiese dicho á Zoraya los medios necesarios para rendirle á su albedrío, no los dispusiera su propia razón como los disponía en

momento tan oportuno el revelador instinto de su amada. A un brazo fatigado de pelear, á una mente gastada en las ideas y combinaciones políticas, á un corazón reñido con una esposa ambiciosísima, á un monarca hastiado, á una vida cansada del poder y sus tormentos, por mágica adivinanza, ofreciales reposo en la tranquilidad de amor inextinguible y sereno. Hacem había encontrado, pues, el hogar de su alma y el centro de su vida. Hacem convenía, pues, en todo y por todo con su amada. Estaban sus deseos satisfechos. Una mujer de divina hermosura, ignorando quién era, le amaba por sí mismo con adoración exaltadísima é incesante. Su vida entraba en cauce por cuyos bordes mecianse todas las flores de la tierra y en cuyo fondo se retrataban todos los matices del cielo.

—Dispón de este esclavo á tu antojo. Podrían coronarse de lirios los montes y cubrirse de mariposas los valles; si tú no estabas á mi lado pareceríanme tan tristes y tan adustos como el desierto y su sudario de hisopos y maleza. Podrían convertirse en oro fino los alicatados de este alcázar; en plata bruñida los pavimentos; en esmeraldas y zafiros las bóvedas; si tú no lo habitabas junto á mí, pareceríame más desnudo y más salvaje que las cavernas de las alimañas feroces. Podría surgir en la vega una aljama á cuyo lado fuera pobre la resplandeciente de Damasco y la profanada de Córdoba; no la querría si tú no rezabas mis rezos y no leías en mi koran. Si yo fuera rey, por una sonrisa tuya

daría los Alijares; por una mirada, el Generalife; por una palabra, la Alhambra; por un beso, Granada; por una noche á tu lado, el reino entero desde Málaga hasta Almería y desde las cimas de la Alpujarra hasta las riberas que miran al Magreb. Importariame poco el califato de Damasco reunido con el califato de Bagdad; la gloria de los Omníadas reunida con la gloria de los Abassidas; un imperio que se extendiera desde Constantinopla hasta Cádiz y desde Alejandría hasta Fez; si dominios tantos me distraían ni por un minuto de tu amor. Podría embellecerse más aún el paraíso prometido por Mahoma, y lo despreciaría si no lo gozaba por entero al mismo tiempo que tu divino amor. Pídeme, pues, cuantos sacrificios quieras, el mayor de ellos jamás llegaría, jamás, al menor galardón que tú puedes prometerme y yo esperar.

—¿De veras?

—¿No tienes otra cosa que decirme después de haberme oído?

—Yo soy nacida en la oriental Andalucía, pero oriunda de la vieja Castilla.

—¿Y qué quieres significar con eso?

—Quiero significar que jamás soltamos una palabra si no hemos de cumplirla.

—¿Dudas de las mías?

—No dudo.

—Manda.

—Oye.

—Dí pronto.

—Moro, ¿tú crees en Dios?

—Creo en el inmenso, en el infinito, en el eterno, en el absoluto, en el omnipotente y omnisciente, en el infalible, en el inefable, en el perfecto; creo en Alah.

—¿Y no has oído alguna vez la campana repitiéndose en los riscos y llamando á la oración hasta las avejillas del aire? ¿Y no has visto la cruz bendiciendo los campos y sembrándolos con sus bendiciones de flores? ¿Y no has entrado á rezar al pie de los altares donde resplandece la Virgen Madre, y á decir en coro las santas letanías? ¿Y no has admirado en nuestros templos los pavimentos cubiertos de losas sepulcrales que guardan las generaciones pasadas, y las ventanas cubiertas de vidrios multicolores, en cuyos iris nadan los ángeles del cielo como reclamando nuestras almas para conducir las á la bienaventuranza? ¡Sublime tu Dios! pero ha dictado un código de guerra á los hombres y ha recluso las mujeres en el serrallo, mientras el mío, más humilde, probado por el dolor y por la muerte, como el último de los humanos, ha impuesto la caridad y la paz entre nosotros, y nos obligaría á vivir los dos solos en matrimonio bajo el mismo techo y á dormir el sueño de la muerte en la misma sepultura. Moro, cree en mi religión y ama á mi Dios.

—Pedirme eso equivale á pedirme la muerte.

—Muramos.

—¿Ahora que tan dulce debe sernos la vida?



—Con el agua de esta fuente surgida del suelo puedo bautizarte, y con el filo de ese alfanje colgado á tu cintura, podemos abrirnos en este momento el camino á la eternidad.

—No digas esas locuras. Me invitas á cegar, cuando no he visto ni en las estrellas luz como la que despiden tus ojos. Me invitas á ensordecerte cuando no he oído en los aires melodía como la que produce tu voz. Me invitas á morir cuando solo desde este instante gozo con goce verdadero y pleno de la vida. Ven á mi lado tan inseparable de mí como el amor que siento, y no te vayas, cual tímida gacela, espantada por el ruido de tus propios pasos y por la sombra de tus propias supersticiones. Déjame contemplar esa magia digna de una hechicera, esas pestañas negras como las sombras en torno de los astros, esa frente espaciosa como el horizonte, esos labios rojos como la adelfa, ese talle flexible como la palma, esas gasas que envuelven tus formas cual resplandores de la luna llena, y esos piés que podrían caminar como las nubes sobre las espigas sin troncharlas nunca. Cree que toda esta embriaguez producida por tu aliento durará toda la duración de mi alma. Cree que besaré las huellas de tus plantas como besa el devoto las letras del Koran. Cree que llevas atado con cadenas junto á ti como un cautivo mi pobre corazón. Ya que tantas flechas me clavas con los rayos de tus ojos, cúralas con el bálsamo de tus promesas. Ya que tantas penas me causas con los dolores de este amor, alivia-

las con el consuelo de una esperanza. Beberemos en la misma copa como beben las palomas pareadas en la misma taza. Dormiremos en el mismo lecho como duermen las avejillas en el mismo nido. Que no crezca este amor, porque me abrasaría; que no mengüe, porque me helaría, como crece y mengua la inconstante luna; sea, pues, desde esta hora suprema, lucero fijo y con luz igual. Ya conozco que no necesitas en el mundo de cosa alguna. Te sobra para dominar con el imperio de tu mirada, para lucir con el encanto de tus gracias, para cantar con el eco de tu voz; clavame tu cifra en la espalda como al esclavo, y tenme siempre rendido como un perro, con tal que me tengas en tu presencia.

—¡Dios mío! ¿Y mi religión? ¿Por qué no la sigues?

—Porque sería ir á la muerte; y necesito por ti, para ti, de la vida.

—Y me vas á obligar á condenarme.

—El hado, que es Dios mismo, te lanza á mis brazos.

—Por ti voy á olvidar á mi Dios, por ti voy á perder el cielo á que estaba destinada mi alma.

—Si tu religión nos juntara, yo la abrazaría en este mismo instante, porque todo aquello que me junta á ti, es divino; pero tu religión nos separa. Yo no puedo aceptarla sin morir en el acto. ¿Me quieres muerto en la hora de ser feliz? Traspasa con este puñal mi corazón y vive por una eternidad